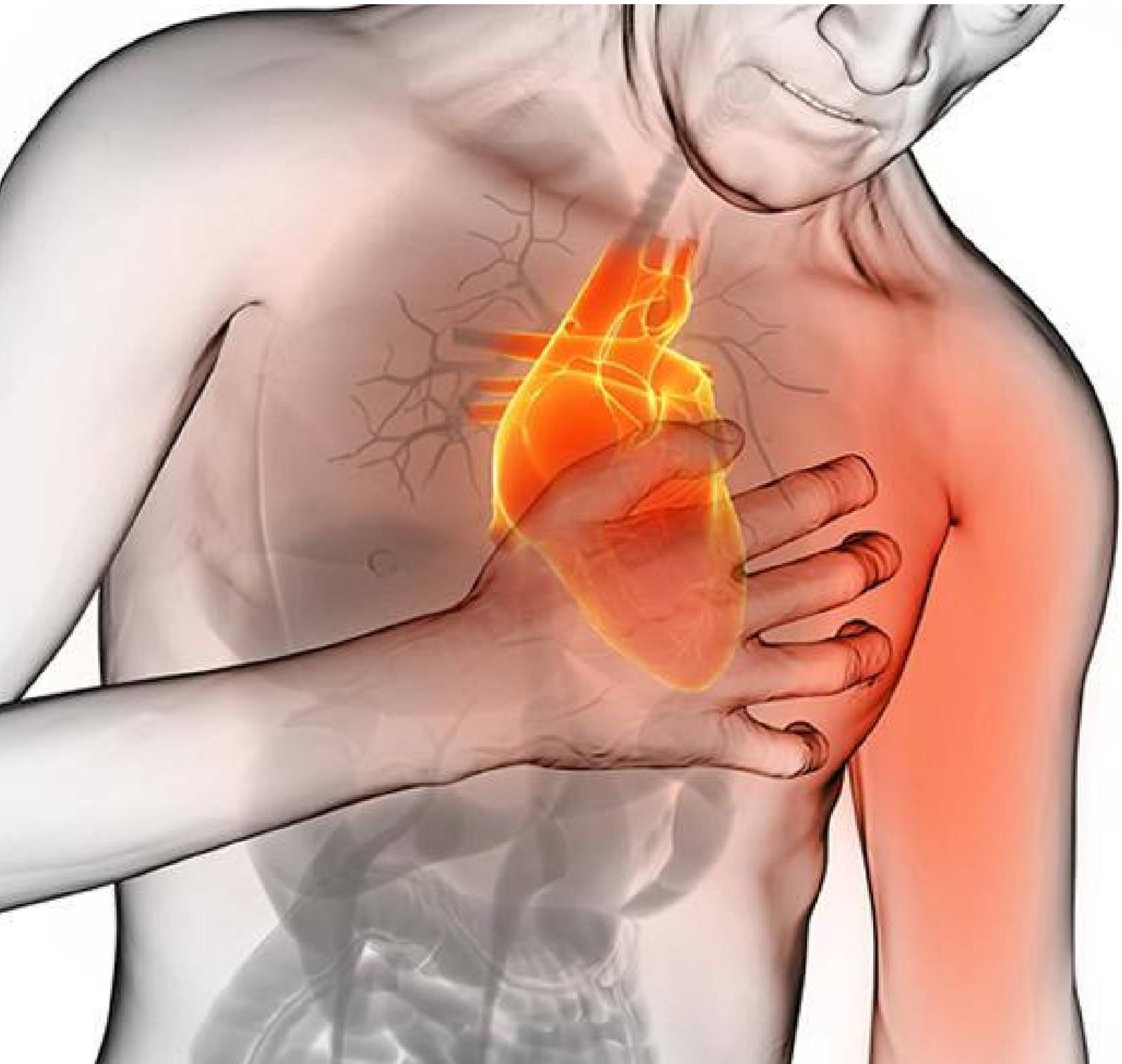


La casa de los infartos

Andrés Dickinson



Capítulo 1

Me encontraba en el primer piso disfrutando de un afable descanso cuando me llegó la noticia. Tocaron a mi puerta con una suavidad tal que presumí era algo sin importancia. El mensajero, un niño rubio que vivía en el piso de arriba, me comentó lo sucedido con voz impasible, como si lo visto por sus ojos azules hubiese sido algo tan común como el paso de un canino. Me dijo: "Señor, su padre ha muerto".

Al escuchar lo dicho, me tomé un momento para asimilar la calidad de sus palabras y hallar en el tono frío la mentira que mi corazón acelerado intentó encontrar. Nos quedamos en silencio por unos segundos; él había dado un paso hasta quedar justo en el umbral de la puerta. Me miraba sereno, como quien espera una propina, y le pregunté:

-¿Quién te dijo que mi padre ha muerto?

-Nadie. Yo lo descubrí por el olor. ¿Sabe?, es el mismo olor que tenía mi gato cuando lo encontramos muerto en la azotea. El sol ya lo estaba quemando...

-¿De qué olor me estás hablando? -le interrumpí con brusquedad-.

-Venga -dijo tomándome de la mano, me sacó de la casa y me hizo subir las escaleras adyacentes que daban a los pisos superiores.

Efectivamente, un olor pestilente viajaba por el corredor del segundo piso y, a falta de luz, me dio la sensación de estar caminando sobre tumultos de podredumbre. Encendí entonces la pantalla de mi celular y nos pudimos guiar a tientas hasta llegar al tercer piso; el niño parecía no sentir ningún olor a pesar de distinguirlo, pues iba orondo con su nariz destapada.

-Anteayer el señor Gutiérrez no nos dejó dormir -empezó a decir apenas estuvimos arriba-. Gritaba con tanta fuerza que los muros parecían temblar, y mi madre no hacía sino rezar por él. ¿Sabe?, tenía mucho miedo.

Al escuchar sus palabras, comprendí que mi padre verdaderamente estaba muerto, aun sin haberme cerciorado de vista. La pasividad de su tono dejaba de qué dudar, pero lo contado encontraba cohesión obvia. La puerta de la casa de mi padre estaba cerrada con llave y yo no tenía el manojito de llaves ni la copia para poder abrirla; las había perdido. La única que tenía una segunda copia era mi hermana, que vivía en Bello, lugar lejano para el desasosiego que poco a poco hacía mella en mí.

Bajé a prisa por las escaleras para llamar a mi hermana, y en esas me enteré que había dejado al vecino rubio en el tercer piso, asfixiado quizá por tan terrible olor. Pero, ¡oh sorpresa!, estaba detrás de mí, mirándome impertérrito, como un perro fiel a su amo. Lo dejé estar por un rato; no hacía ningún daño, parecía domesticado.

Al fin pude hablar con ella y le conté lo sucedido. Le dije: "Lucía, nuestro padre ha muerto". Y entonces ella gritó tan fuerte que hasta el niño espabiló a la distancia; fue cuando empezó a llorar. De manera inefable, algo crujió en mí como un quebranto y recordé que mi padre en verdad estaba muerto. Se me achocolataron los ojos por el sollozo de mi hermana, pues eran capaces de conmover al horizonte mismo, de tan lúgubres y abismales que eran.

Volví a mi cuarto, siempre con el niño persiguiéndome.

Lucía vivía en Bello hacía poco. Se había casado, como siempre lo deseó, con un vigilante que conoció en la empresa donde trabajó temporalmente. En esos dos meses que estuvo allá, Lucía no hizo sino invertir su energía en enredarse con dicho sujeto, y parecía una borracha cuando llegaba tarde a casa, sin haber bebido más que dos copas y un racimo de besos. Se casó, pues, y emigró al Norte a un nuevo hogar, a la morada de su esposo. Ella antes habitaba el primer piso donde vivíamos todos, cuando la plenitud era un logro al levantarse. Luego mamá murió y la familia empezó a dispersarse. Mi padre descuidó la pastelería y mi hermana se casó. Así que este decidió habitar el tercer piso, dizque porque no soportaba compartir la soledad con alguien tan solo como él.

Ahora habito el primer piso yo solo, con un pequeño catre, un taburete, un cajón de noche y un fogón para cocinar; fue lo único que pude sacar al dividirnos. Me senté en el taburete cercano, Lucía no llegaba y ya hacía media hora de haber hablado con ella. Ajusté la puerta y el chico ya había entrado. No hablaba, solo observaba. Me miró fijo, continuamente, y entonces le pregunté: "¿Por qué te quedas aquí?". Y al punto me respondió: "Su padre me prometió algo". Me encontraba totalmente desahuciado y exhausto, por lo cual no respondí nada. Olvidé la conversación con el chico y me sumergí en mi propio estupor.

Los minutos pasaban y Lucía no llegaba y mi padre se consumía cada vez más. "¿Cuál es mi preocupación por la consumación de su cuerpo?", pensé. Era la imagen que perdía, el recuerdo de mi padre que a lo último no era más que un noble reflejo de algo tal vez revelador. Lo sabría posteriormente. Mientras cavilaba en penalidades, el chico rubio se manifestó preguntándome:

-¿Por qué no llora, señor? -su tono cayó en mí como un rayo y despertó el agrio sentimiento de la desolación. Pero no supe responderle;

ni yo mismo sabía por qué no lloraba.

–¿Acaso no sentiste el olor allá arriba? –le respondí a modo de defensa.

El chico era listo, había notado mi evasiva y bajó la mirada. La subió de nuevo e inexplicablemente comenzó a llorar. En esas tocaron a la puerta y no pude más que abrir en el instante: era mi hermana. El pequeño, al notar la presencia de mi hermana, decidió acallar su llanto de manera súbita; prefirió guardar silencio y calmarse, o al menos eso vi yo en sus intenciones. Lucía se sentó al borde del catre y comenzó a decir:

–Vine lo antes lo posible. Ahora sí, cuéntame qué fue lo sucedido.

–Mi padre murió y su cadáver está encerrado en la casa del tercer piso –le dije e inmediatamente su rostro cambió de color.

Salió disparada de la casa y tomó las escaleras para subir; de igual manera reaccioné y subí, con el chico rubio persiguiéndome. Cuando ella abrió la puerta, un vaho putrefacto se alzó con el viento y nos cobijó el olfato, y tosimos todos menos el chico. La casa se encontraba organizada. Corrí de manera instintiva hacia el cuarto de mi padre y allá lo encontré en posición supina sobre la cama, con la boca bien abierta, los ojos hinchados por la muerte y con un enjambre de moscas que coronaban su cadáver a medio consumir. Pero hubo algo que me dejó perplejo apenas lo vi: su lengua no estaba. Entonces un pensamiento oscuro me cruzó la mente y me imaginé un posible asesinato. Lucía no se atrevía a entrar. Al final ella dijo: “No entraré. Hace mucho tiempo no veo a mi padre y quiero conservar el recuerdo de su última buena imagen”.

Capítulo 2

Mi padre siempre fue un hombre honrado; trabajó igual a un mulo para cultivar las mieses que, al fin y al cabo, no fueron segadas por el destino. Cuando hubo de casarse con mamá, tenía un pequeño negocio de panes y pasteles que creció prósperamente con el paso del tiempo. A pesar de haber convivido más de cuarenta años, ellos nunca superaron la etapa en la que el amor se duerme para adiestrarse a la costumbre que consume. Pese a todo –y tras haberlo intentado en una primera ocasión, frustrada por la muerte–, nació yo y posteriormente mi hermano, los únicos hijos que engendraron en su apagado matrimonio. Ambos vivieron hasta que uno dejó de ver al otro, eternamente, y quizás en ese momento el cariño surgió de la muerte paliativa que los albergó en vida.

La muerte de mamá fue un golpe en seco para mi padre, pues fue demasiado repentina y no le dio tiempo si quiera para darse cuenta que la había perdido. El día de su fallecimiento mi padre cerró la puerta de sus sentimientos, y pasó de ser un simplista acomodado, a ser un infeliz incólume. Hasta que le sobrevino su propia muerte.

Había quedado encerrado en el último piso, presa de un infarto fulminante, según nos afirmó medicina legal al practicarle la necropsia. Nos entregaron el cuerpo el miércoles en la mañana, y esa misma tarde su cadáver fue velado en la parroquia El Divino Niño de Aranjuez. El sacerdote era un viejo conocido de mi padre y por tanto nos permitió realizar la pequeña ceremonia en las santas instalaciones; no nos cobró un céntimo.

Al velorio asistieron los clientes más fieles del negocio, que por cierto fue vendido a uno de ellos, al señor Contreras, un comerciante colega de mi padre; además estuvieron las hermanas de este, un par de gemelas célibes que nunca se aventuraron a la vida individual; de paso estuvo un primo distinguido, que apenas se enteró de la noticia, viajó de Andes a la ciudad para darnos el pésame a mi hermano y a mí, por separado. Y, claro está, asistimos mi esposo y yo.

Camilo y yo estábamos enfadados para ese día, y es que había suficientes motivos como para despreciarlo por una buena temporada o hasta por el resto de la vida. Él me había llamado el lunes de esa misma semana para contarme lo sucedido y tuve que pedir permiso en la oficina para salir corriendo hacia Aranjuez. Un tibio llanto se aglomeraba en mi pecho que no cesaba de palpar al ritmo de mi loco corazón; mi sangre empezó a hervir al hacerme la idea de la ausencia de mi padre, que por cierto amé en demasía, lástima que se alejó de todo en el ocaso de su existencia.

Una cólera cegadora me dominó al darme cuenta que el cuerpo de mi padre estaba medio descompuesto; no había muerto ese mismo día ni el anterior, sino el sábado por la noche. Le pedí explicación a Camilo de lo ocurrido, y con una sorna estimulante al desespero me comentó que ese sábado anduvo bebiendo con los amigos del trabajo, con la excusa barata de que ellos habían invitado. ¡Como si yo fuera estúpida! Evidentemente semejante declaración fue el motivo que encendió mi enfado, tanto más por su profundo descaro cuanto que su rostro no evidenciaba remordimiento alguno.

Sea como fuere, el velatorio se desarrolló con mucho silencio por parte de los asistentes, a excepción de unos cuantos que murmuraban oraciones intransigentes. Mi hermano me devoraba con los ojos desde una pulida balaustrada cercana al púlpito, y como siempre sus facciones toscas me dejaron desconcertada; debo confesar que Camilo me ha parecido desde un inicio un tipo excéntrico por no decir extraño. Cuando mamá y papá nos dejaban solos en la casa, al cuidado de la hermana mayor, él acostumbraba hacer pilas de papel para prenderles fuego con una caja de fósforos que mantenía en sus bolsillos. Con el tiempo pareció haber cambiado de costumbres e incluso de actitud, pero sus emociones de cualquier tipo dejaban de qué dudar. Como ejemplo me atrevo a retomar la vez aquella en que dejó morir a su perro sobre el lecho matrimonial de mis padres, según él porque la muerte le había avenido en dicho lugar; naturalmente eran mentiras, pues le tenían prohibido al animal entrar al cuarto de mis padres.

Eduardo, mi esposo, se había levantado en varias ocasiones para salir, según él, a tomar aire. Lo cierto es que la canícula caía como un manto hirviente sobre la techumbre de la parroquia que, aunque alta, las diferentes buhardillas no daban a vasto para evitar el desasosiego general.

–Tu hermano lleva parado allí desde que entramos –murmuró mi esposo al sentarse luego de una de sus salidas–. Parece raro, ¿no te parece?

Hasta Eduardo lo notaba. Sentí florecer mis mejillas por el ardor que casi las consume.

Nadie quería irse de la parroquia a pesar de que el crepúsculo adornaba de sombras clandestinas los muros y las cosas; había llegado la noche y solo se habían despedido mis tías, las gemelas, y Camilo por lo menos ya había tomado asiento. Los demás permanecían allí con recato, impávidos en su orar interno o en su constante ir y venir del puesto al féretro de mi padre.

Esperábamos al sacerdote que llegó a eso de las ocho, cuando los tintos y las aromáticas ya se habían esfumado. Entonces salimos todos y

una lluvia de pésames y despedidas cayó sobre mí y me refrescó la memoria y recordé que mi padre ya no estaba en casa. ¡El pobre había quedado solo en el altar...! Bueno, tal vez se había unido de nuevo con mi madre en la nada que se prometieron al casarse un día.

Al día siguiente, en la mañana, se realizó el entierro de mi padre. A este solo asistieron un corrillo de ancianas visitantes que, según ellas, conocieron a mi padre el siglo pasado, cuando el albor de sus juventudes se alienaba con el verano de los años 70's. Naturalmente, Eduardo no estuvo con nosotros; el permiso que había solicitado para el velorio no tuvo extensión para el entierro. Y es que nosotros pensamos que los dos eventos se realizarían en un mismo día, pero resultó que a los concurrentes no les importó pasar sentados toda una tarde y gran parte de la noche rezando avemarías; solo unos pocos amanecieron doblados por el sueño en las sillas dispuestas para el velorio. Quizá nos faltó mano dura para detener tal absurdo... Quizá creímos que papá necesitaba compañía.

El calor caía como plomo sobre el suelo y las elevadas tumbas del cementerio San Pedro aguardaban el fresco refugiadas por un alto cobertizo. Algunos miembros de la funeraria nos acompañaron conduciendo el ataúd sobre sus hombros, uno en cada esquina; el traje negro vibraba por la luz sobre el borde lustroso del cajón. Dos señoritas nos adelantaban a pequeña distancia con cirios adornados de serpentinas en las manos; sus altos tacones producían eco por los silenciosos pasillos a cada paso. Entre el grupo que precedía el desfile mortuario, una anciana gemía desconsolada tras el velo púrpura de su cofia. Lloraba y murmuraba oraciones que no alcanzaba a comprender; ni su propio lloriqueo tenía explicación para ninguno. ¿En realidad lo conoció a tal punto de llorar por él en su funeral?

Camilo no logró sacar las manos de sus bolsillos durante el recorrido y, al divisar el nicho predispuesto para mi padre, elevó al cielo el introito de una plegaria que reconocí al instante, la misma que masculó en el sepelio de mamá: "En la vida y en la muerte somos del señor". No parecía mirar a nadie pero movía la cabeza de un lado a otro como un energúmeno. Al notar que lo observaba, dijo ofuscado:

-Tengo mucho calor, hermanita.

Un joven que ayudó con el cajón reprimió una carcajada y una de las ancianas replicó que dijéramos lo mismo. Nadie le hizo caso.

Lloré, claro que lloré al ver que depositaban a mi padre en el barrio de Aranjuez, montón de tumbas adornadas por flores, cartas y suvenires en honor al fallecido. Había desaparecido para siempre, me decía una y otra vez, mientras intentaba contener el llanto. La anciana que hacía un momento sollozaba, callaba con las manos entrelazadas y la cabeza

gacha. Finalmente cubrieron la tumba con una lápida diseñada por el mismo cementerio, y fue allí donde leí su nombre por última vez: Carlos Gutiérrez Giraldo.

Capítulo 3

Pasaron varios meses hasta que Lucía y yo tomamos la decisión de alquilar el apartamento del cuarto piso. La herencia de mi padre fue repartida en un consenso solidario donde mi hermana y yo dispusimos de cada cual para hacernos responsables de la parte debidamente otorgada. Yo me quedé con la primera planta, Lucía con la tercera, y compartimos la segunda planta con algunas condiciones. A pesar de ello, prefirió seguir viviendo en Bello con su esposo, a quien la avara idea de no seguir pagando arriendo lo picó como un bicho sin obtener el remedio justo para su desencanto.

Y, aunque los bienes fueron repartidos, ambos teníamos consciencia de que el edificio entero era compartido. Así pues, el tercer piso fue alquilado.

Recuerdo que fue en domingo, una semana después de haber puesto el pequeño aviso que no sirvió para nada, pues la persona dedujo desde lejos que quizá la casa estaba desocupada. Una mujer alargada, de cabello rubio y facciones hermosas tocó a mi puerta; iba acompañada de un pequeño semejante al niño rubio que vivía en el segundo piso; tal parecido produjo en mí un sobresalto que empecé a sudar sin el consentimiento de mi cuerpo.

La joven preguntó por la casa y yo efectivamente se la mostré al instante. Al verla, solo preguntó por la calidad de los servicios y por su valor. Al responderle, dijo con un gesto acompañado de un suspiro: "A mi padre le encantará".

Al descender, noté que el niño había desaparecido y que la chica miraba hacia atrás como calculando la profundidad del primer pasillo y sus penumbras; en el segundo piso el niño nos esperaba en pie en medio del pasillo y su cabello era como una lánguida farola que sus últimos fuegos despediera. No pronunciaron palabra al encontrarse. Al llegar a la calle, le pregunté por su padre y que si ella vendría a vivir con él. "No, a él le gusta vivir solo", dijo simplemente. Y añadió: "Se pasará dentro de dos días". Tuvimos una corta conversación y, al cabo de cinco minutos, dándome la mano, se alejó con el pequeño rubio siguiéndole el paso.

Esa misma noche me distraje en pensamientos turbios que hicieron de mi lecho un solio decaído por su rey enfermo de insomnio. La mujer me había dicho que su padre tenía sesenta y ocho años de edad, un año menos de los que tenía mi padre cuando pereció. Algo en ella sembró en mí cierto arrobamiento... Su núbil paso de mujer distraída, sus frases adornadas por el dulce decrescendo que hacía de su tono un frágil hilo del que pendía su seguridad asustada; pero mi mente me decía que no era ella producto de mi encantamiento, sino el chico que la seguía a cada paso

como un solícito amante. El chico... ¡Cuán parecido era al vecino del segundo piso!

A los dos días me levanté temprano para esperar la llegada del anciano como si se tratase de un evento memorable, del cual dependía algo de mí. Y efectivamente se estacionó al frente de la casa un camión cargado de enseres, precedido por un taxi en el que venía el nuevo inquilino.

Cuando el hombre se bajó, se evidenció una prolija lentitud en sus movimientos, se diría desesperante por el letargo que acuciaba sus miembros delgados, sostenidos apenas por el bastón que agarraba como a su última fortuna. Era un anciano encanecido totalmente, utilizaba un suéter que al menor contacto despedía un olor a hollín refugiado y su mirada reflejaba aún el fuego de la vida.

–Buenos días, señor –dijo, cuando pagó el pasaje–, tal parece que es usted el señor Gutiérrez.

–Buenos días. Sí, ese soy yo.

–Mi hija me habló muy bien de usted y de su casa, y como ve, desde ahora seré su nuevo inquilino y amigo –dijo con voz pastosa posando ambas manos sobre el bastón eréctil–, así que por favor trátame como si fuera su propio padre.

“¡Demonios, por qué se le ocurrió decir semejante barbaridad!”, dije para mis adentros; así habría de tratarlo durante su estancia; su cuerpo delgado y su modo de hablar aletargado me recordaban mucho a mi padre.

–Mi nombre es Prudencio Zapata –estiró su cadavérica mano con lentitud–.

–Mucho gusto.

Con la ayuda del conductor del camión y la mía, logramos trasladar todas las cosas hasta el cuarto piso, no sin esfuerzo y fatiga posterior. Mientras trabajábamos, el anciano permaneció dócil sentado en el taburete que le había ofrecido en la acera de la casa; cuando pasaba ante sus ojos agarrando con entrambas manos un objeto pesado, me lanzaba una mirada sosegada y agradecida, a la par que en sus labios decrepitos una sutil sonrisa de benevolencia se dibujaba, haciéndose portador de la gesticulación más pulcra jamás vista por mis ojos. Entonces mi alma se sentía intimidada, tal vez por el temor a un fracaso inminente: que su hijo figurativo lo dejara al amparo de su soledad hasta lograr su propia muerte.

El trasteo había terminado y los enseres estaban arremolinados en la casa. Al observar el desorden en que habían quedado sus cosas en el hogar desconocido, un súbito desconcierto se apoderó del señor Prudencio; por suerte la mayoría de ellas estaban empacadas en cajas. A paso seguido y animándolo a que organizase así fueran los objetos más leves, nos dispusimos a organizar el apartamento tal y como él lo deseaba.

Cierta noche el anciano me invitó a tomar una taza de café; se sentía un tanto solo, según me dijo. Al pasar, noté en los objetos la quietud propia del apego, y el polvo adornaba ya sus planas superficies. El olor a hollín era más intenso; era como si el cuerpo del señor Prudencio se alimentara de la vetusta emanación de las cosas, o viceversa. Una tetera sibilante anunciaba el momento requerido. El vaho nocturno de la noche entraba por la puerta abierta del balcón.

Nos sentamos a la mesa y, mientras el viejo preparaba los cafés, dijo con soltura: "Estoy contentísimo de haberme venido a vivir a esta casa; es hermoso el paisaje que se divisa desde aquí, igual a una ofrenda de Dios". Era cierto: desde el balcón se podía divisar el nacimiento de la aurora, con su fuego de rosas revestido; la parsimonia de las nubes que ofrecían sus encantos a los ojos repletos de claridad; las verdes montañas amurallando la ciudad de Medellín, que diariamente murmuraba el albor de las calles con cierto movimiento sordo; desde allí se lograba vivir, al fin y al cabo.

-Siento como si mi cuerpo estuviera destinado para esta casa
-continuó diciendo al dar el primer sorbo-. Cuando duermo, una voz me visita en mis sueños, una voz pastosa, semejante a la mía, pero de cuando era niño... Diría yo la voz de mi inconsciente.

No dejé de escucharlo sin evitar un arrobamiento que rayaba en la angustia. Tal vez la altura le estaba haciendo mal o algo por el estilo, pensé. Se veía tan contento que se diría era verdad su relato; y es que, ¿qué verdad escapa del brumoso país del sueño? El señor Prudencio, al ver que lo miraba distraído, aumentó la lenta locuacidad de su discurso:

-Me decía que el paraíso está cerca, más cerca de lo que yo me podía imaginar. Que la muerte no era más que el inicio de una paz que por ventura el cielo bendijo eternamente. ¡La muerte, señor Gutiérrez, era la muerte la que me hablaba! Al saberlo, mi alma no se alteró en lo más mínimo; antes al contrario: se abrazó a la resignación que al final es encontrada. Por ello estoy contento. No tengo miedo, como ve.

Aquella noche me fui a la cama no sin un temblor en los miembros, como si presintiera algo. Un leve zumbido me trastornó los oídos durante

la vigilia; no quería ser feliz en mis sueños. La muerte vendría por mí, y entonces sentiría con terror lo que es el no existir.

Capítulo 4

El terrible incidente se repetía. Sucedió una mañana a eso de las seis; me preparaba para ir al trabajo. La víspera, el inquilino del segundo piso estaba cumpliendo años, le arreglaron una bulliciosa fiesta, y en la noche, cuando ya todo estaba terminado, bajó a mi casa y tocó la puerta con estruendo. Qué curioso, siempre hacía lo que quería conmigo. Las más de las veces era amable y hasta tierno; el resto era insoportable. ¿Dónde andaba su madre, que por cierto no veía casi nunca? Los días que tocaba el arriendo, el chico bajaba y me entregaba el dinero; me miraba con los ojos ensanchados, como queriendo inquirir en mi alma el miedo más profundo.

Al ver que no asistí a su fiestecita, me ofrecía en una servilleta un pedazo de pastel de fresas y un vaso de helado; tuve la tentativa interna de rechazarlo pero sus blancos ojos me impulsaron a recibir la ofrenda. "Aquí le traigo por parte mía y de mi madre", dijo con sutileza y se fue, tomando las escaleras adyacentes. Tiempo después me enteré que también le había ofrecido pastel al señor Prudencio; le parecía un chico sumamente vivaz pero en el fondo un misterio que apenas se resolvería con los años.

Así pues, al siguiente día, el rubio rapaz se encontraba tocando nuevamente a la puerta. Faltaba poco para las seis y, aun así, tenía la certeza de que era él. Le abrí. Allí estaba como pocas veces lo había visto. Estaba listo para ir a la escuela. Me miró de lleno a los ojos y pronunció estas mortales palabras: "Señor Gutiérrez, el señor Prudencio ha muerto".

¡Cuál no fue mi sobresalto al escuchar la noticia! Al ver el cadáver del anciano, una idea heresiarca me mordió el pensamiento. Tenía los párpados a medio cerrar y sus ojos estaban sin pupilas, completamente blanquecinos. Su cuerpo alargado parecía un tallo de árbol momificado; su arrugada piel tenía el llamativo color del mate. Pero, ¡oh sorpresa!, le había sucedido tal vez lo mismo que a mi padre, pues al asomar la mirada a su boca abierta me encontré con un pozo putrefacto, oscuro y sin lengua; sus dientes amarillentos eran como pedazos de madera roídos por el comején. Desesperado, hice amagues de meter la mano en su boca, pero me frenó de un grito el chico rubio, que aún no se había ido para la escuela.

–¿Qué haces aquí? –pregunté con voz desfallecida–. ¿No te da miedo?

El chico negó con la cabeza. Hablaba poco, pero siempre andaba detrás de mí, como un guardaespaldas. Dijo: "Se parece a mi abuelo". Entonces recordé a la joven que había llegado preguntando por el alquiler de una casa; el cadáver que tenía en frente era su padre; el deber me picó al

instante. ¡Cómo contactarla! Me entró un temblor aunado a un sudor frío y empecé a estresarme. Revolqué todos los cachivaches por si encontraba algún contacto que pudiera conducir hacia su hija. Encontré un número escrito en papel membrete sobre una repisa: era el de ella. Lo rectificué cuando llamé y su voz angélica me saludó. Le dije: "Señorita, su padre ha muerto". Nada más.

Coincidencia o no, duré largo tiempo en decidirme a volver a alquilar la casa; no quería ver más despojos víctimas de un corazón enamorado de la muerte.

Al transcurrir los años, fui víctima de los cambios que el recuerdo fue dejando en mi psiquis. Mi hora habitual de sueño fue cambiada por ritos regulares que me sumían en la contemplación fija de un muro, rindiendo honores al pequeño rubio por ver si así espantaba como él el miedo que no entraba a sus ojos expandidos. Por cierto, se mudó hace años a Prado, cuando había entrado a la universidad. Me persiguió hasta los quince años; al parecer ya no encontraba interés en mí, ese interés mordaz que consentía el silencioso hábito de su ánimo.

De buena gana hubiera alquilado; pero me recibió la sorpresa al escuchar que el cuarto piso tenía fama de féretro celestial. Decían que todo el que allí vivía era adormecido por la voz divina del señor, y que por ende su hora mortal estaba cerca. A pesar de todo, nadie se atrevía a ocupar la casa, pues consideraban que aún faltaban años por vivir, que el sufrimiento aún no llenaba de dignidad el límite de sus vidas. Otros, por el contrario, decidieron irse por un camino maldito que termina en una luz bermeja: el espanto. Decían que la casa estaba embrujada, que en ella habitaba el espíritu del señor Gutiérrez padre, muerto por un infarto fulminante. "La casa de los infartos", le escuché decir a un vecino, que miraba arriba como quien busca la piedad de Dios.

Pasaron bastantes años hasta que alquilé la casa de nuevo. Curiosamente, el inquilino era un viejo de unos cincuenta y cinco años a lo sumo, a quien el gobierno de su mascota lo sumía en la cólera aberrante de los impotentes. Vivió allí meses, hasta que murió de un infarto; el chico rubio ya no estaba para avisarme de su muerte. Con esta víctima, saqué en claro algunas conclusiones: la edad no importaba. Así que, muy posiblemente, si habitaba yo el cuarto piso, sufriría un infarto sin más. La idea de morir me aterraba años atrás; pero al ver cuantas muertes me pudo ofrecer el hogar maldito, el término de la vida pasó a ser para mí un curioso suceso del que dependía mi condena o salvación.

Tomé la siguiente decisión: me mudé a la casa de los infartos. Luego de presenciar no tres ni cuatro, sino más muertes al transcurrir el tiempo, decidí habitar lo que sería finalmente para mi cuerpo la tumba de la cual

pasé a ser dueño desde la muerte de mi hermana. No quería ver más fallecidos putrefactos; hasta parecía que la casa refugiaba olores caducos que una vez emanaron de tantos cuerpos ya sepultados. Olores sumamente nauseabundos.

Lavé la casa y rocié en ella toda clase de aerosoles perfumados, incienso y ambientadores baratos. Era inverosímil observar mis cosas esparcidas debidamente en la estancia, que por lo demás resultó bastante amplia para lo poco que tenía.

Capítulo 5

Han pasado dos años desde que me mudé. La semana próxima cumpliré cincuenta años; no ha sucedido nada raro desde entonces. Las cosas han estado normales, la vida y el aire del verano han acariciado la vetusta piel de mi rostro; la fatiga ha formado furúnculos en mi espalda que a veces duelen, pero nada más. Sin embargo, el sosiego que brinda la casa es plausible. Sin duda la vista del balcón puede aliviar cualquier molestia interna, dejando al dolor obrar de manera silenciosa, como un cáncer que asesina de a poco. Todo es bello y la bullaranga citadina llega apenas como un murmullo; dentro de la casa reina el silencio más profundo. El gorjeo de los pájaros es bálsamo para los oídos; por cierto, ya crearon un nido en el tejado; algo insólito pero hermoso.

Ahora me encuentro aquí, sentado en mi taburete, totalmente pasivo y solícito. La casa me recita letanías silenciosas; un ruido sordo me enajena los oídos. "Es la muerte que viene por mí", me digo para mis adentros. Entonces mi espíritu comienza a loar súplicas de perdón por tantos pecados que cometí en mis años mozos y adultez; sobre todo por no haber asistido al velorio de mi hermana, que en sus últimos años colaboró a disipar la soledad de mi existencia.

Es de noche y son exactamente las tres menos cuarto. Todo calla, el palpitar de las estrellas golpea el techo de la casa y un soplo helado entra por debajo de la puerta; el reloj sigue con su "tic tac" persistente y mi corazón aun palpitando. Ahora es cuando y la gente del barrio duerme, completamente ajenos a esta situación que ha rebosado de embriaguez mi vida.

Todavía sigo sentado, plácido y esperando a que por fin se decida a hacerlo. Son dos años los que han llenado la espera; a esta misma hora, hago y dispongo un ritual consistente únicamente en esperar, preparado para cualquier cosa, pero aún no sucede nada. Soy como aquel condenado a muerte que no duerme ni vive esperando el sueño eterno.

¡Ah, tal parece que está empezando! Un temblor recorre mi cuerpo, que procede lentamente a un hormigueo que consume mi mano derecha; una especie de piquete llega a mi corazón. No me desespero, cierro los ojos y preparo un encendedor con mi otra mano. El dolor es ahora insoportable y agarro mi pecho con fuerzas decaídas; ahora comprendo por qué todos fallecieron con esa posición patriótica. Sudo y siento que mi respiración es nula y me domina el sueño.

Justo en el momento en que voy a prenderle fuego a las cortinas, una voz me dice: "Señor Gutiérrez, ábrame la puerta". La voz es por lo demás conocida; su tono falaz y tierno nunca lo he olvidado. Me sorprende al ver que puedo caminar y abro. Allí está con su rubia cabeza, impávida en su

pueril belleza. Su cabello reluce como una antorcha. "Ya es tiempo, señor", me dice con los ojos abiertos. "¿Qué haces aquí?". "Vine por el pastel que su padre me prometió algún día".

Medellín, Enero de 2016